

POLÍTICAS DE TRAICIÓN Y FALSEDAD: APRENDER EN EL CAMINO

Novena sesión: Relación con otros actores: alianzas, clivajes, rupturas, convergencias
Seminario PPELA 2016-2. Bases materiales de la superación del capitalismo: la experiencia zapatista

El corsé de la política moderna

No es extraño encontrar en el discurso de la política expresiones y procedimientos de la guerra (ya lo decía Michael Foucault: “la política es la continuación de la guerra por otros medios”). Uno de ellos es la idea de las alianzas, que en el terreno militar se entiende como un acuerdo entre fuerzas militares para derrotar a un enemigo común, bajo un “pacto de respeto” que oculta las diferencias originales entre los participantes (el paradigma de la alianza militar-política, fue la Santa Alianza, también conocida como la cuarta Coalición, contra el avance de Napoleón en Europa). En este tipo de acuerdos, lo importante es la meta y no el procedimiento; vencer al enemigo porque hay una fuerza tan grande o más grande que la suya. El sucio pragmatismo es lo que determina las formas y contenidos de las alianzas militares, que por lo general se forman una vez que el avance de la fuerza a combatir ha invadido zonas que no se esperaba que originalmente ocupará. Mientras no fue una amenaza para “los importantes”, se permitió que creciera, destruyera, conquistara. En el fondo hay una cierta lectura de orden natural de las cosas, hay geografías, situaciones y sujetos que no importa si son dominados, destruidos o expulsados. Las alianzas, en la lógica liberal, se forman cuando el avance es sobre aquellos que no están previstos como metas o costos de la guerra.

¿Qué pasa cuando el que llama a una alianza es uno de los sujetos destinados a morir en todas las guerras? ¿Cómo responden las fuerzas políticas al llamado de una de las víctimas históricas del progreso? Cuando un grupo de indígenas insurrectos convoca a un diálogo nacional, llamando a las fuerzas de izquierda, de distintas procedencias, a un encuentro nacional por la defensa de la democracia, la justicia y la libertad, la respuesta fue dubitativa en un principio, pero al final se impuso la lógica pragmática: la de la traición y la falsedad. No sólo porque el enemigo no era común; el régimen político y el modelo

económico que administraba, no era problema para muchas de las fuerzas convocadas, algunas de ellas anhelaban ser parte orgánica de ese mismo sistema. Otro factor clave fue que los convocantes eran aquellos que no importa si son afectados o exterminados por el avance del proyecto político, su lugar para la lectura política liberal es ese: tienen que desaparecer para modernizarse e incorporarse a la ciudadanía (esa masa amorfa de sujetos políticos, indiferenciada, en la que las resoluciones se delegan a especialistas). Por lo tanto, para ciertas izquierdas, la alianza a la que convocaban los zapatistas fue absurda, además de intempestiva era contradictoria en los términos de la racionalidad política clásica. En la lógica liberal no hay alianza posible con la voz y el corazón del pueblo, de los que mueren para poder cultivar la vida.

Las maneras para demostrar esta imposible alianza fueron muchas por parte de las fuerzas políticas tradicionales (partidistas o corporativas por igual). En principio, porque la lógica de dar órdenes a los indígenas insurrectos no funcionó, los intentos de restitución del “orden natural” de la vida política, en la que los indios callan y otros hablan por ellos, no marcharon. Porque esos indígenas ni se callaron, ni dejaron que otros hablaran por ellos. Los zancudos y las culebras de las geografías rebeldes se encargaron de expulsar a una camada de políticos de gabinete, que desde el confort urbano reflexionaban y decidían sobre los destinos de los sectores populares. Imposible hacer una política desde la selva, fue la conclusión.

Ante la imposibilidad, el retorno de la guerra. Al que calla al Gran mandón, paredón; por irrespetuoso y por romper el orden natural de las cosas. Así, en lugar de alianza, los zapatistas tuvieron que enfrentar de nuevo la guerra, viendo cómo del otro lado, del lado de los enemigos, estaban muchos de los que en algún momento fueron convocados para empezar el camino del diálogo y la escucha. Las tendencias seculares de la política moderna se impusieron para la vieja casta política, que no supo leer el espíritu de los tiempos, ni la asumir el riesgo de la invitación que se les hacía. La alianza se formó, pero invertida, el enemigo común fueron los indígenas insurrectos, que ponían en peligro las leyes del dinero y el poder.

Los compas: de las alianzas a las articulaciones

Ante la traición se impuso la necesidad de reformular sobre la marcha y empezar a crear desde las potencias de las fuerzas comunitarias. El caracol nació, como origen y destino de la lucha de los indígenas rebeldes: el corazón de la lucha, el espacio del acuerdo (no de las palabras sino de los hechos). En los caracoles empieza la ruptura del orden natural de las cosas, que rige el pragmatismo de la vida política moderna (los zapatistas son muy otros). En esta otredad radical supieron inventar y superar la lógica de las alianzas, ya no más formas prácticas calcadas de las guerras entre potencias imperiales. En lugar de los aliados en la lucha se empezó a construir el camino para los compañeros de la lucha, para aquellos que no están “destinados” a hacer y dirigir la política: los expulsados, los nadie. Los compañeros miran con los oídos y escuchan con la mirada; es decir, se levantan sobre el pragmatismo de la política liberal.

Los zapatistas supieron destruir sus realizaciones para poder empezar otra vez la lucha, echar abajo los Aguascalientes para dar paso a los Caracoles (pero no como lo hizo el ejército contra el primer Aguascalientes, en donde levantó un cuartel militar). Se regresó al origen de la lucha: aprende a escuchar y a hablar a los sin rostro, a los que han resistido, más allá de toda épica, los embates de una lucha de siglos.

Los caracoles también superan la lógica de miserabilismo político, que de “buena fe” apoya la lucha de los insurgentes, pero bajo la mirada del orden natural de las cosas: los pobrecitos indios que se levantan para mejorar sus miserables vidas, necesitan la limosna y las migajas de la vida civilizada. El caracol recuerda que no se quiere la lástima, sino el respeto. La imagen del caracol (como todas las metáforas del zapatismo, puede ser interpretado de muchas formas) repone la lógica de la vida indígena en el marco de la política, ya no más formas liberales puras, en su lugar están las formas comunitarias.

Son a aquellos que respetan y no tienen lástima, sino rabia organizada, a los que los zapatistas convocan a la lucha. Los compañeros son aquellos que, como ellos, han dicho basta para empezar, a sus maneras y ritmos, un camino por la vida digna. No son aliados

en la lucha, son compañeros de un compromiso colectivo. Los compañeros comparten, se miran y reconocen entre ellos, son cómplices de una lucha por la autonomía (*complicidad conspirativa*); los compañeros construyen desde abajo sin pensar en ocupar el arriba. La transformación tendrá que hacerse transformando las fuerzas políticas de izquierda, esa es la labor de los compañeros, no de los aliados. Este es un paso necesario para unir las luchas, para compartir desde la diferencia.